La Maldición del Actor

August

Capítulo 1

La Maldición del Actor

Primera Parte

Photomaton

En eso se había convertido su vida. Ya no asesinaba por dinero, ahora lo hacía por el placer de ver morir. Eso, y el hecho de que nunca lo habían atrapado, lo llevaba a sentirse ultraterreno, jugando a ser Dios cuando le daba la gana. Aunque si le hubiesen preguntado, él respondería que no vivía, que simplemente existía. Tenía tanto dinero que no debía cumplir un horario de mierda ni obedecer a un jefe de mierda para poder sustentarse. A sus treinta años había leído, estudiado, viajado tanto y aprendido tantos idiomas que llegó a la misma conclusión del Predicador: todo en esta puta vida es vanidad.

Su vida amorosa tampoco estaba lejos de aquel sentimiento de vacío. Creyó conocer a su único amor cuando contaba con diez y seis años; una mujer que se marchó con su mejor amigo, aun cuando ambos se habían prometido no conquistarla, ahora, los dos estaban muertos. Después de dicha desilusión, perdió la cuenta de las mujeres y los hombres en su cama, y la cuenta de las camas en las que él estuvo.

El haber asesinado a su mejor amigo y a su único amor saliendo invicto, lo llevaron a involucrarse en aquel negocio. Y así vivía, llevando puesta una máscara de lúcido estudiante combinada con la del asesino que saldaba deudas de mujeres heridas por hombres hijos de puta. De esta forma comenzaron a transcurrir los años.

Capítulo 2

La Maldición del Actor

Segunda Parte

Ghosttown

Desde entonces, no olvidaba su dulce tono de voz al hablarle, no olvidaba la sonrisa al mirarse. Era cantante, pero le parecía una actriz. Nunca supo si sus ojos eran como miel oscura o como tallos claros, pero sí sabía que podía mirarlos hasta perder en ellos la noción del tiempo.

Sentado en las gradas del bar destapó la tercera cerveza. Era una noche calurosa, de esas en las que se duerme con las ventanas abiertas y poca ropa. Con el primer sorbo la vio pasar, iba con la gente de su banda, cargados todos de maletas, instrumentos y sueños por cumplir. Llegaron hasta la avenida donde se detuvieron para esperar el taxi. "When i'ts all falls, when it's all fall down" sonaba dentro del bar mientras él tomaba el segundo sorbo. La vio abrazar y besar a su novio. Siempre se preguntaría qué hubiera pasado si, desde esa única noche en la cual estuvieron juntos, le hubiese confesado todo lo que sentía por ella.

Lograron hacerle la parada a un taxi y media banda se marchó. Ella seguía allí. Él quería ir, no se atrevía, nunca se había atrevido a nada, no luchaba por nada, todo le daba igual. Tercer sorbo y el segundo taxi llegó. Ella fue la última en subirse. Se miraron, ella le volvió a regalar aquella sonrisa. Fue la última, porque nunca más sus caminos volverían a cruzarse.

Capítulo 3

La Maldición del Actor

Tercera Parte

Los últimos días habían sido de total locura. Recordaba fragmentos a intervalos dispares. En la mañana del lunes estaba grabando escenas de su último papel y, el martes en la noche había despertado cerca de un tribunal. Volvió a su casa a descansar. Cuando volvió a abrir los ojos, estaba tirado cerca de un hotel. No sabía cuánto tiempo llevaba así. No tenía noción de lo que le sucedía a él y acontecía alrededor. Estaba acostado en la cama de la habitación 203 de una clínica de reposo, lo habían encontrado desmayado cerca de un bar y lo trasladaron allí. Quién sabe qué vendría después. Por ahora, solo, pensaba en su vida…

Su mayor y único sueño había sido convertirse en actor. No tanto por la pasión al arte, no por el amor a las tablas, quería ganar fama con aquella profesión porque nunca se había aceptado. Huérfano, viviendo y creciendo en hogares sustitutos de donde no salió bien librado, buscaba un escape de la realidad (quería vivir otras) Trató con la música, pero ninguno de los padres sustitutos que tuvo tenían el dinero para costearle esos estudios, y así lo tuviesen, primero se lo tomaban o fumaban antes de invertirlo en él. Intentó escribir. Se afilió a una biblioteca para leer, pues creía que los grandes autores serían sus mejores maestros; desistió a los dos años, sentía que, al escribir, sus textos no encontraban armonía. El talento podía pulirse, pero si no estaba, no se convencía de que se pudiera crear.

Pero fue durante esas largas horas de lectura y de búsqueda insaciable en las que se encontró con esas historias narradas a modo de dramaturgia con las que sintió que, tal vez, pudiera encontrar lo que tanto anhelaba. Qué mejor manera de escapar de la realidad que siendo otro.

Fue así como, al cumplir la mayoría de edad, se escapó de su última familia sustituta sin previo aviso y viajó a la capital. El principio fue muy difícil, alcanzó a dormir en las calles y aguantar hambre. Comenzó como comienzan casi todas las personas de su edad, de mesero. Tuvo dos trabajos al mismo tiempo durante año y medio, tiempo en el cual se permitió ahorrar. Al ver que tenía un poco de solvencia económica, comenzó a estudiar actuación, y el resto ya era historia: uno de sus profesores era amigo de un reconocido caza talentos a quien siempre invitaba a las funciones. Al ver el trabajo del chico le gustó tanto que decidió conseguirle un pequeño papel. Ahora medio mundo lo conocía.

—Cómo te sientes, Frederik —le preguntó el psicólogo después de sentarse en la butaca ubicada al lado de la cama. Era joven, de aspecto

jovial y gafas medianas.

—Mejor, aunque me sigue doliendo la cabeza. ¿He hecho algo?

El psicólogo sonrió.

—No, aún no. La gente que hemos puesto para que te vigile por las cámaras no me ha entregado ninguna novedad.

Frederik suspiró, tomó las almohadas y las recostó en el espaldar de la cama para sentarse.

— ¿Cuánto tiempo debo estar aquí?

—El tiempo que sea necesario.

—Tengo que terminar una película.

—Si no te cuidas tal vez nunca vuelvas a filmar nada.

Frederik se quedó sin argumentación, él tenía razón.

—De qué trata tu nuevo personaje.

—Sabes que no puedo contar.

—Cuéntame lo que le dirías a cualquier medio de comunicación.

—Un hombre atormentado por la muerte. La película tiene algo de terror, y la muerte es la protagonista. Al final, mi personaje se suicida.

Frederik notó cierta tensión en el psicólogo.

—Creo que eso es más de lo que podrías contar.

—Sí, espero que quede entre los dos.

El psicólogo abrió su cuaderno de notas, sacó un lapicero de su bolsillo y escribió.

— ¿Los lugares en los que has despertado después de perder la razón los puedes relacionar con algo?

—No.

—Piénsalo bien.

Frederik desvió la mirada enfadado hacia la ventana. Era la décima vez que le hacia la misma maldita pregunta.

—Un tribunal, un hotel, un bar —le recordó.

A través de los vidrios se divisaba un extenso valle. Allá donde éste se unía con el cielo, el sol se ocultaba.

—Si no te acuerdas, o si no lo quieres recordar, te diré en qué se relacionan.

Frederik volvió a mirarlo.

—Esos lugares se deben a papeles hechos por ti.

—A qué se refiere.

—Algo hubo en ti que te hizo romper esta realidad y crear otras, y para ello tomaste esas historias ficticias que como actor has vivido.

—Pero, antes de esos, hice muchos personajes en teatro.

—Sí, pero ninguno se afianzó en ti como esos. Supongo que fue debido al tiempo que los interpretaste, que los viviste. Lo que sufres es un trastorno de personalidad con ataques momentáneos psicóticos.

Se quedaron un rato en silencio, cada uno analizando la situación desde su perspectiva.

—Mi nuevo personaje, Josep, es un hombre atormentado por la muerte, y lo único que busca es la manera de suicidarse —repitió.

—Ya has entendido el problema.

— ¿Y qué debo hacer?

—Esperar a que Josep no se apodere de ti.

— ¿Y si lo hace?